

¿CÓMO VE CHINA LA HEGEMONÍA?

El ascenso económico de China en las últimas décadas, hasta el punto, antes impensable, de aproximar su contribución al PIB global de Estados Unidos, plantea la cuestión de si busca, y cómo, alcanzar la supremacía global. El presente artículo intenta aproximarse a esta cuestión mediante un repaso de la historia de China, tanto lejana como reciente, de sus relaciones con el resto del mundo, y de las prioridades estratégicas que esto pone de manifiesto.

How does China view hegemony?

China's economic rise in recent decades, to the previously unthinkable point of bringing its contribution to global GDP close to that of the United States, raises the question of whether, and how, it will seek global supremacy. This article attempts to address this issue by reviewing China's history, both distant and recent, its relations with the rest of the world, and the strategic priorities that this highlights.

Palabras clave: historia, globalización, supremacía, comercio, crecimiento.

Keywords: history, globalisation, supremacy, trade, growth.

JEL: F01, N01.

1. Introducción

Es, sin duda, uno de los temas de máxima actualidad en la política internacional actual, si bien actualmente oscurecido por los sucesos en Europa. Todos los medios de comunicación han venido dando un protagonismo especial a la marcha de la pugna geopolítica entre Estados Unidos y China, a tal punto que ya ha trascendido los ámbitos académicos o diplomáticos, y se ha extendido a las barras de bar, las redes sociales o las cenas familiares. Términos como la «trampa de Tucídides» han entrado en el lenguaje coloquial, y el impresionante ascenso de China en los últimos años, y su presencia creciente en nuestras vidas (sus

empresas, sus marcas, sus productos, su cultura o, incluso, sus enfermedades) hacen que miremos de reojo hacia el Este, e intuyamos una amenaza procedente de esa zona, hasta hace muy poco ignorada.

Pero es precisamente esa ignorancia secular, esa mirada hacia lo «exótico» desde nuestra centralidad occidental, lo que nos condiciona y limita nuestra capacidad de entender lo que ocurre en China, cómo nos afecta y nos puede afectar en el futuro. Son frecuentes los análisis simplistas, los que se limitan a actualizar lo que sabíamos (o creíamos saber) sobre la Unión Soviética en tiempos de la Guerra Fría, o los directamente vinculados a intereses determinados.

Porque este temor «sobrevenido» es, en efecto, reciente; hace poco más de diez años, no eran muchos lo que creían que China pudiera llegar a tener estas capacidades actuales. A lo sumo, la amenaza se percibía limitada a sectores industriales tradicionales, intensivos en mano de obra, que dejaban de ser competitivos

* Técnico Comercial y Economista del Estado.

Contacto: javierserra@hotmail.com

Versión de julio de 2022.

<https://doi.org/10.32796/ice.2022.927.7485>

frente a los productos chinos (y, ahora que los costes laborales son mucho más altos en China, tampoco lo son frente a productos de otros países a los que se ha desplazado su producción, por cierto), o a marcas que veían sus productos copiados o falsificados. Una muestra, que ha quedado clara con el tiempo, de ese error de cálculo por parte de Occidente fue la reflexión que terminó dando paso a la adhesión de China a la Organización Mundial de Comercio (OMC): muchos pensaban entonces (finales de los años 90) que una China más próspera, embridada en las interrelaciones del comercio y la inversión internacionales, seguiría la evolución de otros países y territorios de la zona, como Corea del Sur o Taiwán, hacia modelos políticos más similares a los nuestros. Que China terminaría pareciéndose a un gran Hong Kong, y a la vista está que lo que ha ocurrido ha sido más bien lo contrario. De hecho, de la frustración y el descontento tras este error de bulto procede buena parte del cambio radical en la actitud hacia China, ese paso del paternalismo y el desprecio hacia el pánico.

Y, si eso es cierto de Occidente en su conjunto, qué no decir de España. En el pasado, nuestro país fue una potencia del Pacífico y, de hecho, tuvo un papel relevante en la canalización de las relaciones entre China y Europa. Pero de eso hace ya más de 200 años, y desde entonces, hasta este brusco despertar, habíamos vivido de espaldas a esa realidad, pendientes, unas veces (las peores) de nuestro propio ombligo; otras, de nuestros vecinos europeos, y otras, de las Américas, alternando entre Norte y Sur. Si otros países occidentales, como Reino Unido o Estados Unidos, se equivocaron en sus apreciaciones, pese a tener abundante población de origen chino, intereses comerciales relevantes, una establecida tradición de investigación académica o, incluso, colonias sobre el terreno, no son de sorprender los bandazos e indefinición de nuestra actitud hacia China. No hay más que ver cómo hemos pasado en diez años del «Bienvenido Mr. Wang» berlanguiano durante la crisis del euro, a ver actualmente un espía o un invasor (o algo peor) en

cada estudiante oriental que viene a aprender español, por ejemplo.

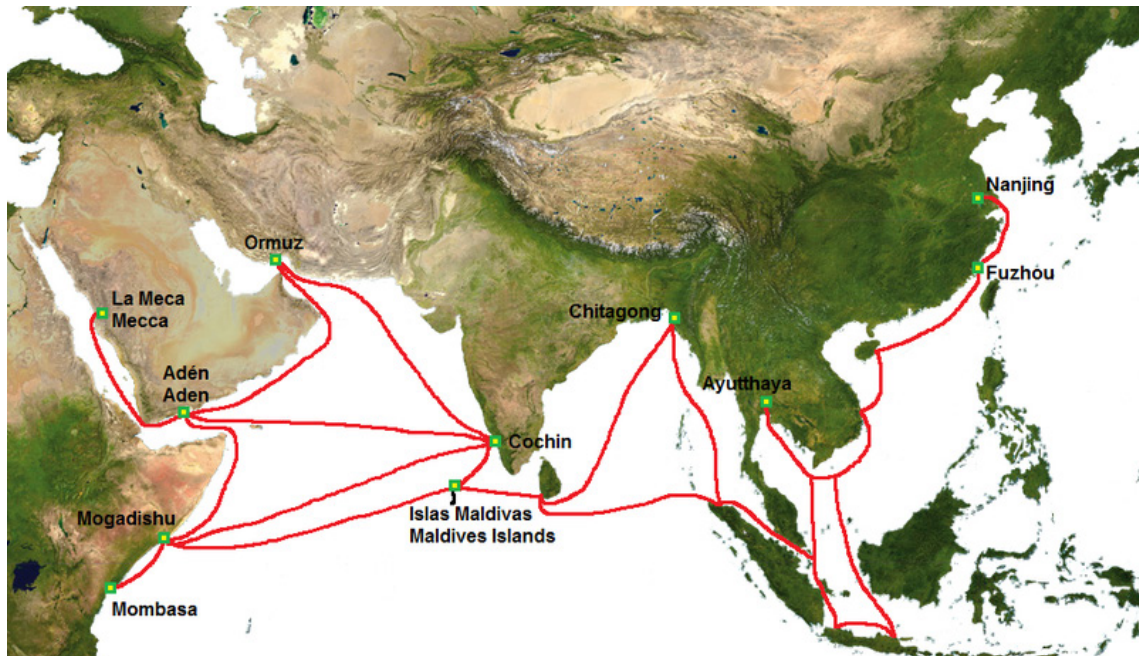
Dentro de mis limitadas capacidades, en este artículo pretendo hacer una pequeña aportación a esa necesaria reflexión sobre qué puede significar en realidad esa búsqueda china de la hegemonía: de dónde viene, qué puede pretender, cómo se instrumentaría... Todo ello es un paso necesario si pretendemos pensar qué debemos hacer ante este fenómeno que, sorprendentemente, tanto nos ha asombrado, y para ello comenzaré con un imprescindible, aunque prometo que breve, repaso a cuál ha sido el papel de China en el mundo a lo largo de la historia conocida.

2. Un recorrido histórico

Buena parte de la actitud y el comportamiento de China hacia el exterior puede explicarse por su ubicación geográfica y las lecciones aprendidas en, al menos, 2.500 años de historia; no en vano, esta es una de sus principales características: la de ser la civilización que más tiempo lleva ocupando más o menos el mismo espacio físico.

Desde la primera unificación de la llanura central (bajo el control del reino Qin, el situado en el extremo occidental de los «reinos combatientes» y, por ello, el que mejor acceso tenía de entre ellos a la tecnología militar más importante de la época, los caballos), e incluso antes, los habitantes de esta zona, con una economía basada en la agricultura, el comercio y, más adelante la industria, han mantenido una tensa relación con los vecinos situados al norte y al oeste (y luego con los de ultramar). Esos pueblos vecinos (xiongnu, mongoles, turcos, xianbei, khitán, tibetanos, jürchen, uigures, manchúes...), en buena parte nómadas, cazadores, pastores y guerreros (y situados en montañas, estepas y bosques con mejores condiciones para la cría del caballo), no solo con frecuencia invadían y saqueaban las ciudades chinas, sino que muchas de las dinastías fueron fundadas por esos invasores, aunque luego invariablemente terminaban

FIGURA 1
VIAJES Y EXPLORACIONES DE ZHENG HE



FUENTE: Wikipedia (CC BY-SA 3.0- GNU). https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Zheng_He.png

«sinificándose», al tener que adoptar la cultura y la administración del Imperio. No en vano la gran muralla se construyó donde se construyó...

Así pues, la máxima prioridad en política exterior siempre fue contener a esos adversarios, frecuentemente mediante alianzas con alguno de ellos frente a los restantes (usar a los bárbaros para contener a los bárbaros), así como mantener abiertas las principales rutas comerciales y de su sistema de «tributos», para dar salida a sus productos (sedas, cerámicas, té...), y abastecerse de materias primas, caballos o metales preciosos, singularmente plata. De esas rutas, conocemos sobre todo, y gracias a Marco Polo, la ruta de la seda a través del Asia Central, pero había otras, como la ruta de los caballos y el té, entre Yunnan e India pasando por Tíbet, o las rutas marítimas, desde la que unía China con Japón (para abastecerse de plata), a

los viajes por el Índico de las grandes flotas del almirante Zheng He (Figura 1), que causaron a principios del siglo XV mayores flujos de especias de India hacia China, encareciéndolas en Europa, e incentivando, al menos en parte, las exploraciones portuguesas de una ruta alternativa de aprovisionamiento por el cabo de Buena Esperanza y, más tarde, los propios viajes de Colón (o el de Magallanes y Elcano, que conmemora el presente monográfico). Sin embargo, a mediados del siglo, al parecer debido a disputas cortesanas sobre el reparto de los beneficios, el Imperio Ming abandona esta ruta marítima y, en general, la exploración proactiva de nuevas rutas, con la excepción, eso sí, de la que se abrió a través de Filipinas y el «galeón de Manila», que conectaba con México (nueva fuente de plata) y, posteriormente, con España y Europa.

Tras siglos en que China (seguida de India) eran las mayores potencias económicas del mundo, esta política de aislamiento contrastaba con un Occidente que se expandía y creaba nuevos imperios coloniales basados en adelantos navales y militares. Así, ya en el siglo XVI los portugueses comienzan a llegar a las costas chinas, mientras misioneros jesuitas conseguían ser admitidos en el mismo corazón del Imperio. La expansión de Rusia hacia el Pacífico llevó a la ocupación de territorios tradicionalmente manchúes desde el siglo XVII, y sus conquistas en Asia Central durante el XVIII también la aproximaron a las fronteras del Imperio Qing, mientras Inglaterra consolidaba su posición en India.

Pero es en el siglo XIX cuando la situación cambia trágicamente: tras este cambio paulatino en la correlación de fuerzas, se producen las dos guerras del opio, con especial protagonismo de Inglaterra desde sus bases en India; unos nuevos bárbaros, para los que China no estaba preparada, hacían su aparición, devastando y sometiendo el antaño orgulloso imperio a través de los conocidos como «tratados desiguales». A partir de ahí, y durante un siglo, las derrotas y humillaciones fueron continuas: además de las potencias occidentales, a finales de siglo es Japón quien derrota a China, que pierde el control de Corea, además de ceder Formosa (Taiwán) y parte de Liaoning a Japón, para más tarde librar la guerra con Rusia sobre territorio chino, asegurándose ya el control sobre Corea y el sur de Manchuria. La guerra de los *boxers* supone una nueva derrota frente a varios ejércitos extranjeros y, en medio de la debilidad de la dinastía, tropas británicas incursionan en el Tíbet desde la India. La Revolución rusa, por su parte, introduce inestabilidad en Asia Central, amenazando Xinjiang y provocando la «independencia» de Mongolia. La caída de la dinastía Qing y la proclamación de la república, no consiguen detener la decadencia, y China cae en manos de distintos «señores de la guerra» y del caos, que es aprovechado por Japón, de nuevo, para ocupar primero Manchuria, y luego gran parte del resto de China.

Este siglo de humillaciones no termina sino con el final de la II Guerra Mundial, que en China desemboca en la reanudación y recrudecimiento de la guerra civil hasta la victoria del Ejército Popular de Liberación (EPL) y la proclamación de la República Popular. El nuevo Estado nace así bajo el trauma de esas humillaciones, y con su enemigo doméstico, el Guomindang, no solo ocupando la isla de Taiwán, sino aliado con Estados Unidos y sus tropas estacionadas en Corea del Sur y en Japón. Las primeras palabras de Mao Zedong, el 1 de octubre de 1949, son: «el pueblo chino se ha puesto en pie», pretendiendo, precisamente, poner un punto final a esa decadencia.

Solo un año después comienza la guerra de Corea, aún de la mano de la Unión Soviética, con la finalidad de expulsar de la península (corredor privilegiado para invadir China) a las tropas estadounidenses. En 1962 hay una breve guerra con India, mientras se produce la ruptura con la Unión Soviética, que culminará con los enfrentamientos en el Ussuri en 1969, la «reconciliación» con Estados Unidos en 1972, y la invasión de Vietnam en 1979, todo ello ante la percepción de una amenaza soviética para controlar China. Este, para muchos sorprendente, cambio de alianzas, respondía, una vez más, a la estrategia de utilizar a los bárbaros (americanos) para contener a los bárbaros (soviéticos).

Desde entonces, muchas cosas han cambiado en el posicionamiento de una y otra potencia, y en el juego de alianzas. Los finales de la década de los años 80 del pasado siglo, y principios de la de los 90, trajeron una serie de acontecimientos que llevaron a China a replantear su lugar en el mundo: los sucesos de junio de 1989 en Pekín (y la, percibida o real, participación occidental en ellos), la caída de la Unión Soviética, y la primera guerra del Golfo, ya marcaron un nuevo entorno, en el que las amenazas venían más bien de Estados Unidos, y de aquellas partes de su Gobierno más proclives a forzar «cambios de régimen» o «revoluciones de colores» en aquellos países cuyo sistema político no fuera de su agrado.

En aquellos años en que se hablaba de «fin de la historia», de victoria definitiva de Occidente y de su modelo de democracia representativa, y de «mundo unipolar», China optó, en palabras de Deng Xiaoping, por adoptar un perfil bajo, congraciarse con la potencia dominante y ocultar sus propias fuerzas, hasta, por ejemplo, conseguir el beneplácito a su acceso a la OMC en diciembre de 2001. Sobre este punto ya mencionaba en la introducción la sorprendente ingenuidad de determinados líderes occidentales, quienes llegaron a declarar públicamente su confianza en que la reinsertión de China en la economía internacional, la apertura de mercados y la previsible prosperidad creciente que eso conllevaría, causarían la aparición de nuevas capas sociales que presionarían hacia un modelo político más «homologable». Pensaban que una mayor riqueza llevaría a China hacia Occidente y, es muy probable, que la frustración de esas expectativas irreales haya incidido en el actual endurecimiento generalizado de las actitudes hacia China. En Occidente, los halcones siguen estando donde siempre estuvieron, el gran cambio ha venido dado por el desengaño de las palomas. Adicionalmente, otro motivo, más material, detrás del cambio de enfoque de diversos gobiernos occidentales, ha sido el paso de la industria china (impulsada por una política industrial proactiva, que se refleja, por ejemplo, en la estrategia «Made in China 2025») a competir en sectores industriales de mayor valor añadido, con lo que ya no compite tanto con las industrias intensivas en mano de obra, propias de países con menor peso en la definición de la estrategia de Occidente en su conjunto, sino cada vez más, con las de los países más avanzados, como puede ser el caso de Alemania.

A partir de ahí, esa reinsertión de China en la economía internacional ha provocado el desarrollo económico más acelerado de la historia, que ha generado un nuevo cambio claro en la correlación de fuerzas. China es ya una potencia económica, tecnológica y, crecientemente, militar. Además, nuevos eventos globales han condicionado su visión y proyección exterior: primero

fue la crisis económica de 2008, en la que su aportación a la recuperación fue decisiva, frente a la aparente «decadencia» occidental, impresión que posteriormente fue reforzada por el Brexit, el aislacionismo de la Administración Trump, la tímida respuesta inicial de Occidente a la pandemia del COVID-19 o la precipitada retirada de Afganistán.

En ese nuevo mundo, un nuevo liderazgo, más asertivo, prescinde del perfil bajo y genera en China la expectativa del «gran rejuvenecimiento de la nación», según el discurso oficial, es decir, de que por fin recupere la posición que le corresponde por derecho del cielo, como primera nación del mundo, acabando con la anomalía histórica que ha supuesto el dominio de Occidente. Esto es lo que nos lleva a la cuestión de la hegemonía.

3. ¿Hegemonía regional o global?

De su larga historia, en consecuencia, China ha extraído la lección de que debe ser fuerte para protegerse de los bárbaros que desean dominarla y doblegarla y, para ello, son precisos una ágil y flexible política de alianzas, así como el uso de la fuerza para disuadir a dichos bárbaros, y para mantener abiertas las rutas comerciales que necesita para aprovisionarse y para colocar sus productos. Esa lección es la que aplica ahora, cuando vuelve a ser la primera economía del mundo (al menos, y por el momento, en términos de paridad de poder adquisitivo), y se encuentra entre los dos centenarios que el Partido Comunista se ha fijado como hitos para su ascenso; el de la fundación del propio partido, en 2021, y el de la República Popular, en 2049.

La visión china de la hegemonía está, como hemos visto, centrada en tener manos libres para administrar su Imperio, y para mover mercancías y personas que le permitan garantizar su prosperidad. No tiene, por tanto, una misión «católica» o universalista, no pretende evangelizar a los bárbaros, sino contenerlos en el espacio exterior que les corresponde. No trata de

FIGURA 2
LA DOBLE CADENA DE ISLAS



FUENTE: Wikipedia (CC BY-SA 3.0- GNU). https://en.wikipedia.org/wiki/Island_chain_strategy#/media/File:Geographic_Boundaries_of_the_First_and_Second_Island_Chains.png

extender ni una religión ni un sistema político, aunque, desde luego, concibe a ambos como instrumentos de dominación, y por eso mismo es tan reacia hacia unas y otros cuando llegan del exterior y se le tratan de imponer. De hecho, sus principios básicos en política exterior son el respeto a la soberanía de los Estados y la no injerencia en sus asuntos internos. Resulta obvio, pues, que es una línea difícilmente compatible con quienes enarbolan discursos basados (o al menos amparados) en la promoción global de valores universales.

Pero, en estos momentos, la realidad geopolítica heredada del siglo XX constriñe su capacidad de maniobra: la existencia diferenciada de Taiwán y el cambio de control desde el KMT (Kuomintang), rival,

pero más o menos partidario de la unificación, hacia los independentistas que buscan el reconocimiento de una realidad *de facto*, es el más patente de los desafíos, pero a la postre es una parte más de la «primera cadena de islas» (desde Japón hasta Filipinas) aliadas con Estados Unidos (con presencia militar de sus tropas) y contiguas a sus costas (Figura 2). La marina de ese país controla el Pacífico y, muy singularmente, el estrecho de Malaca, cuello de botella del que China depende para su comercio marítimo y el funcionamiento de su economía.

Este contexto limita las posibilidades de China para recorrer un camino «clásico» hacia la hegemonía, uno que comience con el control paulatino de su entorno más inmediato, tal como han procedido a lo

largo de la historia otros hegemones en su fase de ascenso, desde la antigua Roma, hasta los propios Estados Unidos. Ese camino clásico que sería, por otra parte, el natural para una potencia cuyo objetivo es proteger su capacidad autónoma de desarrollo económico y político, pasaría por controlar su vecindario asiático, y sus principales vías de comunicación con el exterior, pero queda bloqueado ante la evidente reticencia de Estados Unidos a ceder espacios en Asia, reticencia demostrada en las renovadas alianzas con posibles rivales de China en el área.

China es consciente de esta situación y ha respondido a la misma de diferentes maneras. En primer lugar, y en ese teatro asiático, ha reforzado sus lazos económicos con el resto de los países del área (incluidos alguno de los rivales arriba mencionados), de manera que sean crecientemente dependientes de sus relaciones económicas con China. A diferencia de otros hegemones ascendentes en la historia, China no pretende ocupar a sus vecinos (con la obvia excepción de Taiwán, claro...), sino condicionarles para que acepten su presencia dominante. En el frente institucional, China ha aplicado las estrategias propias del juego del *weiqi* (conocido por su nombre japonés de *go* en Occidente), consistentes en evitar el aislamiento, al tiempo que se intenta aislar al adversario. Así, comenzó por aproximarse a la ASEAN (Association of Southeast Asian Nations), a la que anteriormente despreciaba como herramienta de la política de Estados Unidos en la zona, aplicando sus principios de política exterior, es decir, mediante una aproximación puramente económica, sin demandar contraprestaciones políticas (al menos en primera instancia), así como a APEC (Asia-Pacific Economic Cooperation) y otros foros regionales, de manera que su presencia en los mismos sirviera como contrapeso a la de Estados Unidos, e impidiera que este país los utilizara para aislar a China. Posteriormente, y a medida que su peso económico iba creciendo, sus esfuerzos de integración económica y comercial se iban haciendo más significativos, y el paso más reciente ha sido la firma de la Asociación

Económica Integral Regional (RCEP, por sus siglas en inglés), ambicioso acuerdo con otros 14 países, entre ellos rivales políticos como Japón, Corea del Sur, Australia o Vietnam. Probablemente, la decisión de la Administración Trump de ausentarse del Trans-Pacific Partnership (TPP) facilitó este otro acuerdo, y fue interpretada por China como una oportunidad para aprovechar el vacío así generado y avanzar en sus intereses en la zona. Es más, ha llegado a solicitar su inclusión en el grupo de países restantes que siguen negociando el tratado alternativo, el TPP-11. Es difícil que cumpla los requisitos (que se marcaron con la clara intención de excluirla) en materia de circulación de datos o restricciones a empresas de propiedad estatal, por ejemplo, pero el gesto deja clara su intención.

Por otra parte, y en el ámbito militar, China ha reforzado sin descanso sus capacidades navales. En primer lugar, las capacidades de denegación de acceso a sus aguas, centrándose en construir el mayor arsenal de minas del mundo, la mayor flota de submarinos o el primer misil balístico antibuques. Ya a partir de la crisis de 2008, y de la percepción de declive americano, amplía su estrategia, hacia el control de zonas y líneas de tráfico marítimo más alejadas de sus costas. Es entonces cuando comienza a dotarse de portaviones (antes considerados demasiado vulnerables), así como a controlar, y fortificar, las islas e islotes del Mar de la China Meridional contenidas en su «línea de nueve trazos», sometiendo sin demasiada dificultad a otros países ribereños con reivindicaciones sobre esas aguas (sobre todo Vietnam y Filipinas, pero también Malasia o Brunei, ver mapa de la Figura 3), y desafiando las operaciones de libertad de navegación (FONOP) de la marina estadounidense. Pero no son solo capacidades convencionales, China también está haciendo un énfasis especial en ciberseguridad ofensiva y defensiva, y en tecnologías que darán forma a los conflictos del futuro, desde inteligencia artificial hasta computación cuántica.

Ahora bien, las limitaciones que antes hemos visto para seguir ese camino clásico hacia la hegemonía

FIGURA 3

LA «LÍNEA ROJA» Y ZONAS RECLAMADAS EN EL MAR DEL SUR DE CHINA



FUENTE: Wikipedia (CC BY-SA 3.0- GNU). https://en.wikipedia.org/wiki/Territorial_disputes_in_the_South_China_Sea#/media/File:-South_China_Sea_claims_map.svg

han llevado a China a buscar vías complementarias a ese reforzamiento y endurecimiento de su proyección hacia el Pacífico occidental. Así, también busca desbordar las limitaciones que le impone la presencia de Estados Unidos en la «primera cadena de islas», buscando proyección hacia otras zonas del mundo, tanto para establecer rutas libres de adversarios, como

para forzar a estos a dispersar sus esfuerzos, con la intención de debilitar ese control sobre el Pacífico occidental.

Ya desde poco después de la fundación de la República Popular, China venía estando muy activa en sus relaciones con gobiernos y fuerzas políticas en el Sur y Sudeste de Asia, América Latina y África. Tuvo

un papel destacado en la Conferencia de Bandung en 1955, que sentó las bases del Movimiento de los No Alineados (distanciándose por primera vez de su supuesto aliado, la URSS). Posteriormente, y tras el cisma con esta, llevó ese enfrentamiento a otros territorios, en aplicación de la teoría de los Tres Mundos de Mao y apoyando sistemáticamente a todo oponente de los aliados de los soviéticos. Pues bien, tras el colapso de la URSS, el ascenso de China y su renovada confrontación con Estados Unidos, esos lazos se retomaron, ahora en un sentido más económico, y ya no de apoyo a movimientos de liberación. Inicialmente, la prioridad era asegurar el abastecimiento de materias primas para su desarrollo, y de ahí partieron las primeras inversiones chinas en África y otros lugares, pero, posteriormente, ya en este siglo, en un contexto de acelerado crecimiento de China y de sus capacidades de financiación internacional, esa actividad diplomática, financiera y comercial se consolida y sistematiza en la formulación de la «Nueva Ruta de la Seda» o, por seguir sus sucesivas denominaciones oficiales en inglés, One Belt, One Road (OBOR), o Belt and Road Initiative (BRI).

El concepto aparece por primera vez en sendas intervenciones de Xi Jinping en Kazajistán (referido al segmento terrestre por Asia Central y el corredor euroasiático) y en Indonesia (en este caso sobre las rutas marítimas desde China por el Pacífico, Índico, Mar Rojo y Mediterráneo), pareciendo resucitar las figuras de Marco Polo, en el primer caso, y de Zheng He, en el segundo. Desde entonces, la estrategia se ha ido ampliando sucesivamente, hasta cubrir todas las formas de fomentar la conectividad (no solo física, sino también, por ejemplo, de telecomunicaciones) de China con el resto del mundo. De hecho, a marzo de 2022, un total de 146 países han firmado Memoranda de Entendimiento al respecto con el Gobierno chino, entre ellos, 18 Estados miembros de la UE (aun cuando la Unión en sí es bastante reticente), 43 países africanos, o 20 en América Latina y el Caribe. Los proyectos acogidos a esta iniciativa han venido recibiendo

abundante financiación por parte, especialmente, aunque no solo, de los dos *policy banks* chinos, el ExIm Bank y el China Development Bank y, en ocasiones, se incluye también en la BRI el nuevo banco multilateral, el Asian Infrastructure Investment Bank (AIIB). Sin embargo, esto no es realmente correcto: es cierto que el AIIB se formó a iniciativa china y que su foco es también la conectividad, en este caso dentro del continente asiático, y entre este y el resto del mundo, pero de él forman parte 105 países, entre los que no está Estados Unidos (que intentó activamente boicotear su creación), pero sí muchos de sus aliados, como Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Israel, Reino Unido, o casi todos los Estados miembros de la UE, incluida España, y el Banco ha sido siempre extremadamente escrupuloso, tanto en sus operaciones, como en desvincularse de BRI o de cualquier directriz política del Gobierno chino, su mayor accionista, con más de un 30 % del capital. De hecho, suspendió sus operaciones en Rusia tras la invasión de Ucrania.

La Iniciativa BRI ha recibido acogida muy dispar, calurosa por parte de los países receptores (incluida Grecia, por ejemplo), y hostil por parte de Estados Unidos o Japón, quienes por su parte han lanzado iniciativas similares, pero contrapuestas, al tiempo que acusaban a China de utilizar esta estrategia para sobre endeudar a los países receptores con el fin de apoderarse de sus activos y extender su huella internacional (el caso más citado ha sido el de Sri Lanka). Al igual que con tantas otras acciones chinas, puede decirse que la Iniciativa BRI tiene objetivos dispares y complementarios, tanto de orden interno (desarrollo de las zonas interiores de China, o política industrial en sectores con exceso de capacidad), como de orden externo (apoyo a la internacionalización de las empresas chinas o proyección geopolítica). Me detendré un poco en este último punto, por ser el que mayor relación tiene con el presente artículo.

Ya hemos descrito las limitaciones que China enfrenta en su proyección hacia el Este y el estrangulamiento que supone el estrecho de Malaca para su

abastecimiento de materias primas y para sus exportaciones. Esta situación le fuerza, para evitar el aislamiento, a mantener abiertas las líneas hacia el Oeste y hacia Asia Central (lo que en parte contribuye a explicar su peculiar entendimiento reciente con Rusia), que es uno de los ejes de la Iniciativa BRI. Otros elementos relevantes son los corredores hacia Myanmar y hacia Pakistán, que permiten accesos alternativos al Índico, así como la participación en toda una serie de puertos, que recuerdan al antiguo «collar de perlas» que unía Gran Bretaña con la India, y que se extienden por Asia, África e incluso Europa (El Pireo). Es preciso mencionar aquí que uno de esos puertos, Yibuti, alberga la que, hoy por hoy, es la única base militar china en el exterior (así como también bases de Estados Unidos, Japón, Francia e Italia, por cierto).

Más recientemente, China ha lanzado dos nuevas iniciativas globales: la Global Development Initiative (GDI), en septiembre de 2021, y la Global Security Initiative (GSI), en abril de 2022. GDI se presenta como un esfuerzo concertado para recuperar a las economías de los países en desarrollo de los efectos de la pandemia de COVID-19 y aproximarse a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de Naciones Unidas, mientras que GSI, probable reacción a la crisis en Ucrania, reafirma los principios chinos en política exterior, no interferencia en asuntos internos, respeto a la soberanía de todos los Estados y a sus «legítimas preocupaciones de seguridad», reflejando la ambigua posición que China (hasta el momento) ha mantenido ante la crisis. Ambos esquemas están todavía por definir, pero China reclama que más de 100 países han acordado ya unirse a GDI.

Otra muestra de esas ambiciones globales de China, de su deseo de tener una voz que se corresponda con su peso real en el mundo, son los intentos reiterados de que se revise su peso en organismos internacionales, desde Naciones Unidas (más allá de su presencia como miembro permanente del Consejo de Seguridad), a la banca multilateral. Esto refleja su convicción de que la arquitectura institucional construida tras la Segunda

Guerra Mundial está destinada a preservar y reforzar el dominio de Estados Unidos, condicionando los procesos de toma de decisiones, y requiere profundas reformas para que pueda reflejar el nuevo equilibrio de fuerzas, de manera que mantenga su legitimidad. Así, ha ido incrementando progresivamente su peso en el Banco Mundial, la última vez en 2018, cuando subió del 4,5 % al 5,7 % (aún por debajo de Japón), entró en el Banco Interamericano de Desarrollo en 2009, y en el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo en 2016. En el Banco Asiático de Desarrollo, su participación del 5 % está muy por debajo de la de Estados Unidos y Japón (13 % cada uno) y, sin duda, su descontento con su escasa influencia en la toma de decisiones tuvo bastante que ver con la creación del AIIB. En el caso del Fondo Monetario Internacional, el ritmo de incremento de la cuota china (y, consiguientemente, de sus derechos de voto) se vio truncado en 2019, cuando Estados Unidos decidió bloquear la 15.ª revisión de cuotas del organismo, tras haber tenido paralizada la 14.ª (que incrementó el peso de China desde el 4 % al 6,4 %) en el Congreso y en el Senado desde el año 2010 hasta 2016.

Relacionado con lo anterior está la promoción incesante del uso internacional de su divisa, el Yuan RMB, enfrentando la primacía del Dólar USA establecida desde Bretton Woods. El uso del RMB en transacciones internacionales, o como moneda de reserva, es aún limitado, constreñido por elementos como la menor profundidad relativa de sus mercados de capitales, o la existencia de controles cambiarios que limitan la movilidad del capital. En todo caso, progresos ulteriores en ese uso requerirían mayor disponibilidad de RMB en manos de no residentes, algo generalmente asociado a déficits comerciales cuantiosos (como el de Estados Unidos), más que a superávits recurrentes y crecientes. No obstante, China continúa dotándose de elementos financieros que favorezcan la presencia internacional del RMB, desde su propio sistema de pagos internacionales, CIPS (Cross-Border Interbank Payment System), en respuesta al SWIFT

occidental (Society for Worldwide Interbank Financial Telecommunication); o el liderazgo en el desarrollo y puesta en funcionamiento del RMB digital. Estos elementos pueden convertirse en especialmente relevantes si el mundo profundiza en la senda de revertir la integración del sistema financiero internacional, separándolo en función de fallas geopolíticas y utilizando pagos o divisas como arma diplomática.

4. ¿Y a futuro?

Hasta aquí ha sido la parte fácil, hemos venido mirando el retrovisor, repasando la sensibilidad y orientación estratégica de China (quizá el último imperio multicultural en el mundo) a lo largo de la historia, y en tiempos recientes. Ahora viene la parte más difícil y arriesgada, incluso temeraria: mirar por el parabrisas hacia el horizonte e intentar adivinar hacia dónde nos dirigimos. Es obvio que el reciente «ascenso pacífico» de China ha venido determinado por su desarrollo económico sin precedentes, que no solo ha dotado a su Gobierno del necesario músculo financiero, sino también de legitimidad interna, en la medida en que ese desarrollo ha sido trasladado a su pueblo en la mayor reducción de la pobreza y creación de riqueza social y de clases medias, de la historia de la humanidad.

Este punto cobra una relevancia singular, ya que este desarrollo de China ha roto el paradigma que marcaba que solo sistemas políticos basados en la democracia representativa del modelo occidental podían garantizar a sus ciudadanos prosperidad y progreso, socavando así un elemento básico del discurso asociado al mundo unipolar y al «fin de la historia», lo cual es una fuente de preocupación adicional. Y no es que China pretenda exportar su modelo (que es básicamente inexportable, de hecho, su nombre es «socialismo con características chinas»...), sino que, todo lo contrario, no condiciona sus relaciones internacionales al tipo de sistema político vigente en los países con los que se relaciona. Lo que suscita temor no es tanto el riesgo de que ese modelo sea copiado o adoptado en

otros países, sino la merma en la capacidad de presión de Occidente sobre países en desarrollo, y de ahí probablemente proceda el creciente énfasis en valores, y en contraponer el «bloque de las democracias» al de quienes quedan excluidos de esa definición.

Ahora la cuestión es si la economía china de las próximas décadas seguirá impulsando ese ascenso y si este seguirá siendo pacífico.

Resulta evidente que la economía china afronta grandes desafíos, como el envejecimiento de su población o el cambio de modelo de desarrollo, de uno basado en las inversiones masivas en infraestructuras, y en la captación de inversiones extranjeras para introducir tecnología, producir a bajo coste y exportar, hacia otro más caracterizado por la innovación tecnológica, el consumo y el mercado doméstico. Ahora bien, su desempeño hasta el momento se debe a haber afrontado con éxito otros desafíos no menos importantes, como la privatización de la agricultura y de la vivienda, la liberalización de los precios, el cierre de miles de empresas estatales ineficientes, la reinserción en la economía internacional de un país que era casi autárquico o el rescate de un sistema financiero prácticamente quebrado. En los últimos 30 años, la economía china ha demostrado una inesperada resiliencia, en circunstancias tan adversas como las descritas, o ante *shocks* como la crisis de las divisas asiáticas, la crisis financiera de 2008, el desplome de la bolsa de Shanghái, la pandemia del COVID-19 (que hubo quienes, en su inicio, saludaron como el «Chernóbil chino») o los problemas financieros de las grandes promotoras inmobiliarias, mientras ha dado pasos continuos hacia la innovación, la digitalización y la economía del dato. Durante todo ese tiempo, no han faltado, más bien al revés, las predicciones catastrofistas, que la realidad, hasta ahora, ha desmentido sistemáticamente. Es cierto, como en los fondos de inversión, que «desempeños pasados no garantizan retornos futuros», pero lo que hemos podido comprobar es que la economía china y sus gestores han demostrado una capacidad de adaptación y de reinversión sorprendentes. El PIB

de China ya no crecerá al 14 % real, como en los años más acelerados del despegue (ni es bueno que lo haga, ya que esas tasas en una economía del tamaño actual de la china, solo son posibles a costa de acumular desequilibrios insostenibles), pero, salvo disrupciones masivas, todo apunta a que tiene capacidad para seguir siendo un mercado atractivo, creciendo a un ritmo significativo.

Ahora bien, las reglas del juego parecen estar cambiando. Si el motor de ese desarrollo acelerado ha sido la reinserción de China en la economía internacional, ¿no puede ser la desglobalización la señal que marque su declive? Los principales países occidentales no ocultan su intención de reducir la interdependencia con China, con anuncios de políticas dirigidas a fomentar la reindustrialización, el *reshoring* de las capacidades trasladadas a Asia, la «autonomía estratégica» (la Unión Europea) o el *decoupling* (Estados Unidos). Este es, sin duda, el discurso político dominante, aunque no necesariamente coincida con las intenciones de las empresas internacionales que se están beneficiando de esta historia de crecimiento. En 2021, el 52 % de las empresas asociadas a la Cámara de Comercio Europea en China (EUCCC, por sus siglas en inglés) estimaban que el ROI (return on investment) esperado de sus inversiones en China sería superior al de otros mercados, y ese porcentaje se elevaba nada menos que al 70 % en el *survey* de la Cámara Americana (AmCham) entre sus socios. De entre las empresas europeas, además, solo el 9 % se planteaba salir de China, el porcentaje más bajo en diez años, y el 59 % planeaba expandir su presencia, a su vez el mayor porcentaje en diez años. El *decoupling* no parece estar significando que las empresas occidentales abandonen sus negocios en China, sino, más bien, que su estrategia pasa por diversificar su producción, pero manteniendo (o incrementando) su presencia en China para el mercado local, mientras establecen cortafuegos, sobre todo tecnológicos, con sus negocios en Occidente, a fin de protegerse de los efectos de ese discurso político de confrontación. La finalidad de estar en China ya no es tanto producir

a coste razonable para exportar, sino sobre todo aprovechar el inmenso mercado doméstico, para lo cual, el propuesto *re-shoring*, o *near-shoring*, sencillamente, no son opciones válidas, y lo serán aún menos si el *decoupling* se materializa. Es lo que se llama *In China, for China*. De hecho, si algo parece estar enfriando el interés de las empresas internacionales por el mercado chino, no son tanto las tensiones geopolíticas ni el conflicto en Ucrania, sino la política de «cero COVID» firmemente aplicada por el Gobierno chino. Los largos confinamientos que se derivan de esa política desde la llegada a China de la variante ómicron y el cierre de fronteras han introducido un fuerte elemento de incertidumbre, riesgos de desaceleración brusca de la economía, y pánico entre los expatriados. En la encuesta de 2002 de la Cámara Europea (posterior al confinamiento de Shanghái, donde es mayor la presencia de empresas internacionales) muestra un evidente cambio de tendencia: un 23 % estarían considerando desviar a otros mercados las inversiones previstas en China, en contraste con el 9 % del año anterior, mencionando expresamente la política «cero COVID» como causa.

Ahora bien, lo cierto es que en la actualidad estamos viendo cómo lo político, y lo geopolítico, está afectando de manera creciente a las relaciones económicas internacionales, alimentando tendencias proteccionistas que ya latían. Un ejemplo, que podría parecer extremo si no procediera de la propia Administración Biden, es la sugerencia de que las democracias occidentales deberían invertir y comerciar únicamente entre ellas, excluyendo a los países que no formen parte de ese «bando», en una indudable alusión a China. Es lo que Janet Yellen ha llamado *friend-shoring* y de materializarse, además de consolidar una alianza de China con Rusia, supondría una reversión de la globalización de las últimas décadas y un duro golpe económico para China, sin duda (aunque su dependencia del exterior es menor que hace unos años, ante el dinamismo de su mercado interno y esto irá a más con su política de «doble circulación»), pero también para esas mismas democracias occidentales (a través, por ejemplo,

de subidas generalizadas de precios que afectarían, especialmente, a los grupos sociales de menor poder adquisitivo). No podemos olvidar que esas décadas de reinserción de China en la economía internacional han generado el crecimiento económico de China, pero también han beneficiado a sus socios comerciales, con significativas reducciones de costes, mayor eficiencia y rentabilidad empresarial.

En todo caso, si China continúa creciendo y haciéndose más fuerte en lo económico, en lo tecnológico y en lo militar, ¿significa eso que se hará cada vez más agresiva y que el conflicto con Occidente será inevitable? Es cierto que, recientemente, China ha estado cada vez más asertiva con países que percibe que se han salido de lo que desea que sea su política exterior, como bien saben los australianos y lituanos (y antes los noruegos), pero, en todo caso, conviene recordar que, cuando se habla de la «trampa de Tucídides» y de las sustituciones de hegemonías a lo largo de la historia, el patrón generalizado es que cuando ha habido un conflicto, este lo ha iniciado la potencia en declive, y no la ascendente, puesto que a esta lo que le interesa es ganar tiempo para poder seguir acumulando fuerzas. Adicionalmente, y aun con los indudables avances chinos en los últimos años, no podemos ignorar que, en términos per cápita, su nivel económico sigue estando muy por detrás de Estados Unidos, como lo están tanto el volumen total de gasto militar, como su ritmo de crecimiento. Y, por último, sería necesario saber qué lecciones sacarán, tanto Occidente (sobre todo, pero no exclusivamente, Estados Unidos) como China, del actual entorno de tensión internacional, es decir, si las actuales turbulencias en Europa oriental (que han cegado la vía explorada en la era de Trump de aproximarse a Rusia para aislar a China) llevarán hacia planteamientos más conciliadores, que busquen reconocer las diferencias entre unos y otros, priorizando intereses comunes, como la prosperidad o la lucha contra el cambio climático, o bien se profundizará en enfatizar valores intrínsecamente irreconciliables. Por otra parte, la interdependencia económica

ha sido un fuerte pegamento que ha unido a socios tan dispares, disuadiendo a ambos de enfrentamientos abiertos, pero ¿qué ocurriría si, pese a lo apuntado más arriba, el *decoupling* o el *friend-shoring*, se concretara y erosionara esa interdependencia?

Y quizá sea bueno recordar ahora a Richard Nixon, 50 años después de que su viaje a Pekín cambiara la historia del siglo XX. En los brindis ante Zhou Enlai en el Gran Palacio del Pueblo, el 25 de febrero de 1972, llamó a ambas partes a «construir un nuevo orden mundial, en el que naciones y pueblos con diferentes sistemas y diferentes valores puedan vivir juntos en paz, respetándose mutuamente, al mismo tiempo que discrepan mutuamente». Y, en 1983, en plena confrontación con la URSS, avisaba que su mayor temor era que una política errónea por parte de Estados Unidos arrojara de nuevo a China en brazos de Rusia, ya que si eso ocurriera, la amenaza a la seguridad sería «infinitamente mayor que hoy». Desde entonces, lo cierto es que Occidente, y Estados Unidos en particular, han venido cambiando su estrategia, casi con cada Administración, desde posturas más acomodantes, hacia la actual tendencia creciente a la contención o la confrontación, y se ha echado en falta una visión estratégica más clara y a largo plazo de qué sitio le deberá estar reservado en el futuro en el concierto de las naciones a una China cada vez más rica y poderosa.

5. Conclusión

En estas páginas he intentado exponer cómo vivimos tiempos en los que China pretende aprovechar su histórico ascenso económico para, en línea con lo que ha procurado hacer a lo largo de toda su historia, hacerse un hueco propio en la esfera internacional. Y las potencias incumbentes, llamadas Occidente, pero muy en particular Estados Unidos, han venido basculando entre la complacencia, el paternalismo y la alarma, cuando no un enfoque basado en la imposición de su propio modelo y valores. De hecho, el ascenso de China es percibido como la principal amenaza, por encima de

otras que parecen más inminentes. Esto nos aboca posiblemente a un escenario de conflicto, si las partes no tienen la capacidad y la sabiduría necesarias para diseñar un modelo de gobernanza global que permita acomodar a China como un jugador relevante y, al mismo tiempo, asegure que ese papel no suponga una disrupción irreversible del orden internacional.

Referencias bibliográficas

- Gernet, J. (1996). *A History of Chinese Civilization*.
Kissinger, H. (2011). *On China*.
Serra, J. (2016). La estrategia china de 'Una Franja, Una Ruta', posibles consecuencias para España, y oportunidades para las empresas españolas. *Boletín Económico de ICE*, 3072, 39-48. <https://doi.org/10.32796/bice.2016.3072.5534>